

# CUADERNOS DE HISTORIA 12

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1992



## LOS LÍMITES HISTÓRICOS DE LA MODERNIDAD (NEO) LIBERAL EN CHILE\*

*Gabriel Salazar*

SUR Profesionales Ltda.  
Departamento de Ciencias Históricas  
Universidad de Chile

*«Esto de la de modernidad me tiene  
hasta arriba'e la coronilla»  
(POBLADORA DE LA PINCOYA)*

### 1 Del «humo histórico» y otras confusiones

¿Es Chile (ya) un dragón moderno? ¿Hemos dejado de ser el largo pero tenso país de las «modernizaciones» angostas? ¿Hemos detenido la loca carrera historicista al desembocar -por fin- en el remanso a-histórico de la «modernidad» total? ¿Estamos apenas a un lustro o dos de la civilización post-industrial, en el pórtico mismo de la post-modernidad»? ¿O es que, por ventura, todavía esos vetustos «diagnósticos estructurales de inferioridad, lucha y frustración» - escritos a lo menos medio siglo atrás a mano alzada y corazón abierto por F.A. Encina, A. Pinto, J. Ahumada, A.G. Frank y otros- siguen penando en el lado oscuro de nuestras complacencias; conminándonos a mover con fuerza colectiva las rebeldes aspas de la historia?

Es cierto: el diagnóstico de «la contemporaneidad» (K. Manheim), o el de la «altura de los tiempos» (J. Ortega y Gasset), o el del «desarrollo periférico» (R.

(\*) Esta exposición funde dos ponencias, una presentada en el Seminario «Las revoluciones inconclusas en Chile», organizado por el Instituto de Historia de la Universidad Católica (julio 10 de 1992), y la otra en el Seminario «Los límites del modelo neoliberal en Chile», organizado por la Fundación Friedrich Ebert (diciembre 16 de 1992).

Prebisch), constituyen operaciones intelectuales complejas, pues están regularmente asietadas por perspectivas múltiples y aprisionadas en una caleidoscópica red de impresiones a medio conceptualizar. Porque, por eso mismo, son operaciones de difícil manejo social y político, que devienen fácilmente en una de esas (electrizadas) nubes de «humo histórico» (F. Braudel) que tanto entusiasman a las cúpulas dirigentes y tanto comprimen -sobre todo- la coronilla de esos hombres y mujeres anclados a la piel concreta de las cosas.<sup>1</sup>

En los laberintos por donde se deslizan los procesos contemporáneos, las nubes de «humo histórico» han trabajado regularmente como torres de Babel: contraponiendo las percepciones, bifurcando las miradas, desdoblado los conceptos y, con todo ello, ocultando la realidad. Al hallarlas ante sí, los transeúntes de la historia, confundidos e incommunicados, han tendido a abandonar el camino «real» y a seguir la ruta de sus propias alucinaciones. Excepto, claro está, aquellos viajeros que -como ocurre con las élites dirigentes- no tienen la nube sobre su coronilla, sino bajo sus pies.

A mediados del siglo pasado, V. Lastarria, F. Sarmiento, B. Vicuña y otros, realizaron un notable esfuerzo por diagnosticar la identidad histórica del país. A ese efecto, anatematizaron el pasado «bárbaro» (la tradición indígena, hispánica y popular) y sacralizaron la contemporaneidad «civilizada» (la mercantil presencia anglo-francesa en Valparaíso, Coquimbo y Talcahuano). El país de los transeúntes llanos, por obra y gracia del humo histórico así levantado, se quedó con su (bárbara) realidad de siempre, pero sin identidad válida de circulación; el país de las élites altas, en cambio, se identificó con los conceptos, al no poder atrapar la materialidad total de la civilización importada. El país en su conjunto, tironeado por la realidad de muchos y los conceptos de pocos, se sumió en una guerra de alucinaciones: el «bajo pueblo», vaciada su coronilla, avanzó por la historia sin identidades en la frente, teóricamente inclasificable y políticamente incontrolable; ante eso, la oligarquía, contrariada, empuñó sus definiciones y descargó hacia abajo -a látigo, pizarra y ley- una cruzada modernizadora a prueba de bárbaros y rebeldes. En esa batalla y bajo esa nube -que confundieron el país hasta, cuando menos, 1930- todas las auto-modernizaciones autóctonas centradas en la productividad local fueron pereciendo, desconceptualizadas primero y destripadas después, a los pies del modernismo anglosajón; v.gr.: la barroca modernización hispano-latina, la hidráulica modernización andina, la criolla modernización manufacturera, etc.<sup>2</sup> Hasta que, no habiendo ya nada bajo sus pies, excepto el *humus* de tales moribundos, la mismísima cruzada «modernizadora» se desfondó en 1930.

<sup>1</sup> Fernand Braudel escribió acerca del «humo que llena la conciencia de los contemporáneos». Se refería a la historia superficial; específicamente, a la historia del presente, dominada por los eventos de corto plazo. «El tiempo corto señaló es la más caprichosa y engañosa de las duraciones». Ver su *La Historia y las Ciencias Sociales* (Madrid, 1968, pp. 64-66).

<sup>2</sup> Una discusión mayor de este problema en, de este autor, «Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular», en L. Ortega (ed.): *La Guerra Civil de 1891: cien años hoy* (Universidad de Santiago, 1993).

Tras ese colapso, muchos dijeron nada. Fue entonces cuando los (pocos) diagnósticos de Encina, Pinto, Ahumada, Franck y otros comenzaron, desde su rincón disidente, a resonar sus voces propias. Pero su soplo, aleve a fuer de intelectual, no extinguió la ceniza acumulada. Porque, por ejemplo, las élites que lideraron el país después de la crisis de 1930 no se habían formado experiencialmente en la lógica productivista entretejida en esos diagnósticos, sino en la lógica librecambista cosificada en el sistema económico y político heredado del siglo XIX.<sup>3</sup> Fue inevitable que resolvieran su perplejidad leyendo la primera lógica según el sentido de la segunda, y actuando según el viejo «humo» inhalado en su juventud. De modo que, desde 1940, la nueva élite modernista (democrática) consumó el mismo rito lideral que la vieja élite modernista (autoritaria) había consumado un siglo antes, a saber: anatematizó la barbarie autóctona (esta vez denominada «sociedad tradicional»), y resacralizó la modernidad occidental (invocada ahora, simplemente, como «desarrollo»).

Se deduce, por tanto, que los «humos históricos» pueden, en una sociedad confundida, tornarse endémicos.

Y nadie puede extrañarse -haciendo cuenta de lo anterior- de que el empresario industrial chileno, al enfrentar, después de 1939, el efecto Babel del discurso desarrollista, no adhiriera a los planes estatales de «industrialización sustitutiva» y optara por seguir el rumbo de sus alucinaciones privadas, corporativistas en lo interno y librecambistas en lo externo.<sup>4</sup> Ni cabe extrañarse de que las masas populares, aunque después de 1938 fueron por primera vez sistemáticamente invocadas por la clase política civil, se apartaran paso a paso del populismo oficial hasta caer en la fiebre privada de sus «acciones directas» (década del 50) y su «poder popular» (década del 70). Ni cabe aun sorprenderse de que el país en su conjunto, alucinado en su izquierda, centro y derecha, se precipitara en la más larga de sus confusiones históricas -1957 a 1986, quizás-, en la que naufragaron los proyectos de todos los actores socialmente responsables, excepto el de los militares (quienes no tenía proyecto histórico propio, pero sí los instrumentos necesarios para imponer el único que habían «memorizado»: el modelo liberal, incesantemente importado del mercado occidental, y heroicamente expandido hacia afuera y defendido hacia adentro).

El proyecto impuesto militarmente desde 1973, dinamizado económicamente desde 1984 y concertado políticamente desde 1989, ha trazado, sin lugar a dudas, un trayecto de áspero avance social; sobre todo, para las mayorías populares de la Nación. Tanto así que, de haberse mantenido obscenamente

<sup>3</sup> La generación de políticos que inició en Chile el viraje hacia el nacional-desarrollismo (período 1920-1938) fue de hecho la misma que consolidó el parlamentarismo (liberal) del período precedente.

<sup>4</sup> Entre otras definiciones al respecto, ver de Jorge Alessandri, «La producción y el comercio ante el momento político», *Economía y Finanzas*, 118 (1946). *La verdadera situación económica y social de Chile en la actualidad* (Santiago, 1955). También: Rodolfo Jaramillo: *La desvalorización de la moneda y las sociedades anónimas* (Santiago, 1950).

desnudo, tanto como se mostró en un comienzo y tal como en realidad es, no habría sido ni transitivamente legitimado ni pacíficamente democratizado (como de hecho terminó siéndolo). En realidad, más temprano que tarde, debió cubrir su obscenidad salvaje y «vestir» civilidad democrática. Pues no había otro modo para que el proyecto liberal se desembarazara de su placenta armada y lograra -como lo había logrado en el siglo XIX-, *institucionalmente*, equilibrarse sobre la ancha, inconformista e irascible mayoría popular de la Nación.

Habiéndose tornado urgente, se inició desde 1985 la construcción de un nuevo diagnóstico, destinado a estabilizar nuestra -para entonces- sísmica contemporaneidad. «Otro» lubricante ideológico de innovada fórmula y probada efectividad fue lanzado a la calle, para que, principalmente, tornara fluido lo que no era fluido. Y ya no se habló más de «modernización» o «desarrollo», ni de ningún otro diagnóstico con efectos colaterales populistas. Ningún estimulante que, inoportunamente, despertara a los actores y movimientos que la dictadura, con no poco trabajo, ya había adormecido. Nada que activase la vigilia histórica y lanzase sobre el mercado impredecibles flujos de «metafísica» social. Se prefirió, pues, difundir conceptos de-socializantes, deshistorizantes y otros anestésicos. El más efectivo resultó, al parecer, el «discurso de la modernidad». Que, como saben los entendidos, no convoca a nadie ni a nada, excepto a sí mismo. Que es, como se está ahora experimentando, un sistema auto-referido y autosustentado. Con metas alcanzadas, cursos históricos congelados, comunidades de base desprotagonizadas, etc; Que sólo debate, a gran altura, fuera del tiempo, del cambio y la cotidianeidad, no sus contradicciones internas, sino los ecos del futuro, el anonadamiento del pasado, la muerte de los sujetos, la relevancia definitiva de la semiótica, la teoría sin fin de los sistemas, etc.<sup>5</sup> Explicablemente fascinados, muchos intelectuales y hombres de poder han escalado semejante cúspide -que mira más arriba de toda nube-, e iniciando el trascendente debate de la post-modernidad.

Así, un nuevo frente de humos históricos se desplaza, a gran altura, descargando copiosas precipitaciones sobre la vieja coronilla de los hombres y mujeres cotidianos del país.

¿Qué rumbo tomarán esta vez las conductas alucinadas que de este frente se desprendan?

## 2 Sobre mercados viejos y dragones nuevos

Durante la modernización autoritaria del siglo XIX, el mercado exterior chileno tuvo un carácter victoriano: fue competitivo, mercantil, desarrollista y apolítico.

Por contraste, durante la modernización democrática iniciada en 1938, el mercado exterior chileno (MECH, en adelante) tuvo un carácter autoritario: fue monopólico, coercitivo, subdesarrollista y politizado.

<sup>5</sup> La influencia de autores como Jean-Francois Lyotard, Michel Foucault o incluso Alvin Toffler en la alta intelectualidad chilena ha sido creciente.

La modernización democrática tuvo que desenvolverse dentro del orden capitalista mundial estatuido en Bretton Woods en 1944 (FMI, GATT, BIRF, etc.), bajo jefatura norteamericana y con el objetivo explícito de eliminar la irracionalidad de la competencia pura, reconstruir Europa Occidental y neutralizar el peligro soviético. Este orden mundial transformó las leyes automáticas del mercado en un sistema normativo, en un conjunto de prácticas y estrategias económicas centralmente fiscalizadas. El comando superior del sistema fue controlado por la única potencia capitalista sobreviviente de la guerra - Estados Unidos-, la que, haciendo uso de ese liderazgo excepcional, transformó los principios liberales del mercado en una organización mundial con poder económico y político.

Chile no pudo, desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial, ni aislarse de esa organización ni bajar el perfil estratégico del MECH que lo ataba a ella. Se vió por tanto obligado a jugar, primero, su estrategia nacional-desarrollista y, luego, su estrategia nacional-populista, *dentro* de la rigidez liberal y la polarización política de ese subsistema. Es decir, tuvo que trabajar con un MECH que no daba facilidades a ningún tipo de «nacionalismo» real. De hecho, el acuerdo de Bretton Woods desconsideró explícitamente el posible desarrollo nacionalista del capitalismo latinoamericano, como lo dejó ásperamente en claro el Secretario de Estado G. Marshall en la OEA, 1948.<sup>6</sup> Esto condujo a que Estados Unidos registrara desde 1945, respecto del subcontinente latinoamericano, una bajísima performance desarrollista, muy inferior a los rendimientos logrados aquí por las potencias europeas durante el siglo anterior a 1938. Bajo el imperialismo bretton-woodsiano, la modernización en América Latina tendió a estancarse, muy al contrario de lo ocurrido bajo el imperialismo «victoriano».<sup>7</sup>

Paradojalmente, puede decirse que no fue el exceso sino el déficit de imperialismo económico lo que asfixió, desde el MECH, el desarrollo industrial chileno del período 1938-1973. Estados Unidos hizo mal entonces lo que Europa había hecho bien durante el siglo anterior: no invirtió localmente en la proporción requerida, no vendió todos los medios de producción que se necesitaban, el EXIMBANK no concedió préstamos abiertos para el desarrollo ni canceló por las exportaciones de cobre un precio de mercado sino uno político, etc.. La consideración reposada de este hecho permite afirmar que el fracaso de los

<sup>6</sup> «Adress by G.C. Marshall, Secretary of State, at the Ninth International Conference of American States at Bogotá, April 1, 1948», en J. Gautenbein (ed.) *The Evolution of Our Latin American Policy. A Documentary Record* (New York, 1950), pp. 276-293.

<sup>7</sup> Durante el imperialismo victoriano (período 1910-29), Chile registró una inversión nacional promedio de 21% del producto bruto, un coeficiente de importación de 31,2, una inflación de 4 % anual, y una importación per capita de bienes de capital de US\$ 7.41. Durante el período 1934-51 (imperialismo de Estados Unidos en régimen de Bretton Woods) esos registros fueron: 12,2 (inversión), 11,2 (importación), 15,0 (inflación) y US\$ 6,00 (importación). Ver, de este autor, «El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile: 1950-75», en *Nueva Historia* 1:4 (1982), p.11.

regímenes hoy llamados populistas no se debió sólo a su populismo intrínseco ni a su mero estatismo (como se sostiene), sino también, y en medida apreciable, al carácter anómalo del imperialismo yanqui respecto de América Latina (no actuó igual frente a Europa Occidental) y al carácter «autoritario» del mercado internacional regulado desde 1944 por las instituciones contraloras surgidas en Bretton Woods. Pues, de hecho, el más sistemático esfuerzo «nacional» realizado en Chile para promover el desarrollo industrial y la modernización integral (desde 1934 a 1973) se realizó estando atrapado y comprimido dentro del zapato chino de ambas anomalías.<sup>8</sup>

Cabe anotar las siguientes preguntas: ¿le era posible a Chile, en el contexto de ese peculiar MECH, promover un proyecto de desarrollo *químicamente* liberal? Y también: ¿se ha probado históricamente el fracaso *definitivo* de las estrategias nacional-desarrollistas?

Es un hecho observable que, mientras duró la vigencia del esquema 'centralizado' de Bretton Woods, Chile no logró sostener un proceso continuado de desarrollo capitalista. Ni aun después que el General Pinochet, en línea con el «liberalismo» bretton-woodsiano, dismanteló todas las estructuras del desfalleciente nacional-populismo. Sólo cuando ese esquema tendió en la práctica a descentralizarse; esto es, cuando las economías de Europa Occidental, Japón, Medio Oriente, Sudáfrica y Sudasiáticas lograron operar autónomamente en el mercado mundial e igualar en varios rubros el potencial económico y el liderazgo político de Estados Unidos -sobre todo después de la crisis de 1981-82-, el MECH se halló libre del cepo unilateralista que lo había paralizado, pudiendo por fin multilateralizar todos sus intercambios comerciales y financieros.

Actualmente, la descentralización del esquema Bretton Woods ha significado para Chile un *boom* de créditos externos, inversiones foráneas y exportaciones-importaciones. La red nacional de comercio exterior se extiende por casi todo el orbe «moderno». El país, adaptado desde 1973 a la lógica liberal clásica, no opone resistencia a la internacionalización económica; más bien, la facilita. Hoy, la penetración del capital extranjero es, quizás, cuatro o cinco veces mayor que durante el período 1938-1973 (cuando, con mayúsculas, se denunció al imperialismo y su efecto subdesarrollante), pero esta vez la penetración foránea ha estado acompañada de constante expansión económica. Y mientras más sostenida ésta, más encubre la (voluminosa) presencia de aquélla, diluyendo de paso los viejos sentimientos nacionalistas y los marginados resentimientos de «dependencia».

Cabe hacer notar sobre este punto que, entre 1830 y 1930, Chile pudo jugar -como ahora- con la oferta desarrollista no de uno sino de varios imperialismos: el de Inglaterra, el de Alemania, el de Francia, el de Estados Unidos y aún el de Italia o Bélgica. El hecho de que en Chile residieran unas 100 sólidas compañías

<sup>8</sup> Entre otros, sobre este problema, ver Osvaldo Sunkel, «Change and Frustration in Chile», en C. Véliz (ed.), *Obstacles to Change in Latin America* (Oxford, 1965), pp. 127 et seq.

comerciales o bancarias de esos países, que importaban tanto bienes de consumo como máquinas y tecnología, invirtiendo a la vez gran parte de sus ganancias en el mismo mercado local, hizo posible, por entonces, la sucesión de varios ciclos de expansión económica, crecimiento industrial y modernización global: el de medio siglo (1848-64), el ciclo Balmaceda (1886-96), el de «resurgimiento» (1901- 1908), y el que precedió a la crisis de 1930 (1926-30); cuyas tasas respectivas no han tenido parangón sino en las del ciclo actual 1984-1992.<sup>9</sup> La sensación de progreso global generada por esos ciclos cristalizó finalmente en un hecho trascendente: la adopción y consolidación del librecambismo como matriz predominante, tanto en el discurso de la oligarquía mercantil-financiera (nacional), como en el de la clase política civil. Junto con ello, sin embargo, durante esos mismos ciclos, el capital extranjero, paso a paso, empujó la burguesía chilena hacia roles empresariales de segunda y tercera categoría (especulación bursátil, gestión política de sociedades salitreras o ganaderas, utilización privada de intereses fiscales, usura inmobiliaria, etc.), con tasas de ganancia no sólo espúreas sino además sin efecto en un real proceso de acumulación capitalista. De modo que, a la larga, el Estado fue compelido a dar cobertura al deteriorado proceso de acumulación «criolla». La vorágine modernizante del período 1885-1915, que partió orgullosa y triunfalista, concluyó al fin redondeando, por un lado, un 65% de desnacionalización del sistema económico chileno y, de otro, la virtual bancarrota de la Hacienda Pública. Sin considerar la célebre «crisis moral» de la oligarquía que, coetáneamente, utilizando su poder parlamentario, se auto-eximió de pagar impuestos.<sup>10</sup>

Hoy, como en ese tiempo, el MECH es multilateral. Como entonces, 100 o más (sólidas) compañías extranjeras operan en la banca, comercio exterior, minería, industria, etc. Chile puede, de nuevo, sobre una ensanchada panoplia, escoger sus imperialismos favoritos. Sólo que ahora, según constata Lester Thurow, el mercado internacional ni está funcionando conforme al (cerrado) esquema Bretton Woods, ni según el (abierto) esquema victoriano del siglo XIX; pues, más bien, está estructurándose según se definen las relaciones entre tres distintos bloques capitalistas: 1) el de Estado Unidos (cooptando América Latina); 2) el de Europa Occidental (cooptando Europa Oriental) y, 3) el de Japón (cooptando el sudeste asiático). La liberalización y multilateralización del comercio mundial, que desde 1960 comenzó a minar el monolitismo centralista del esquema Bretton Woods y la jefatura central de Estados Unidos, se ha transformado, a poco andar, en un librecambismo *comprimido* en el tenso mer-

<sup>9</sup> Son reveladores los estudios realizados en este sentido por el economista de Chicago Tom Davis. Ver, sobre todo, su «Growth of Output, Employment, Capital Stock and Real Wages in the Chilean Economy», en Congress of the United States, Joint Economic Committee (ed): *Hearings on Economic Development in South America* (Washington, 1965), pp.97-114.

<sup>10</sup> Fueron célebres las denuncias de Alberto Edwards: «Nuestro régimen tributario en los últimos 40 años», *Revista Chilena* 1 (1917), pp. 337 et seq., y de Julio Philippi, «La reforma del sistema tributario fiscal», en *ibidem*, 5 (1917), pp. 5 et sep.

cado triangular formado por esos tres bloques. Esto ha desencadenado el debilitamiento del GATT, de la Ronda Uruguay, del sistema monetario mundial, y el desarrollo solapado de prácticas proteccionistas, subsidios estatales a la exportación, etc. Aparentemente, según se tiende a creer, la triangulación del MECH no afecta su carácter liberal; por tanto -se razona luego-, el triunfo universal del liberalismo no está puesto en tela de duda por ese fenómeno.

Semejante aserto, sin embargo, tiene su lado oscuro. Ya que, si se asume el hecho de que el «liberalismo» de esos bloques presenta diferencias importantes, no sólo cuantitativas respecto a sus ritmos de desarrollo, sino también cualitativas respecto a su *estructura* económica, social y política, entonces lo que aparece como triunfo a una ingenua mirada triunfalista, bien puede ser tensión estructural, como aparece a las miradas (no ingenuas) de Lester Thurow o Zbigniew Brzezinski.<sup>11</sup> Tensión soterrada que, en lo eventual, puede «costar» la reanudación de la marcha histórica, que a los ojos de F.Fukuyama aparece detenida.<sup>12</sup> Para muchos autores esa tensión deriva del hecho -ya evidente- de que el capitalismo liberal predominante en Estados Unidos es definitivamente *diverso* del predominante en Alemania Federal (o Europa) y en Japón. Diferencia que se traduce, para el primero, en indisimulables síntomas de envejecimiento, desgaste estructural y decadencia, y para los segundos, en indicadores de valor inverso. Para Chile, tal desigualdad no es irrelevante, sino de trascendencia estratégica, puesto que si su clase dirigente no reconoce -como al parecer no reconoce- esa diferenciación, bien puede terminar aplicando mecánicamente el modelo del capitalismo decadente -como al parecer aplica-, y no el del que está ingresando al siglo XXI creativa y dinámicamente.

Tomar por óptimo todo lo liberal, y por liberal todo lo que el mercado muestra o hace, puede constituir una peligrosa lectura ciega de las estructuras y diversidades cualitativas (reales) del MECH; lectura de la que pueden derivarse eventualmente, errores políticos de gravitación estratégica en la marcha histórica del país.

Que eso puede ser así, ya lo probó la misma marcha histórica del país. En particular, cuando, desde 1830, la clase dirigente nacional tomó por óptimo y prístinamente liberal todo lo que mostró en Chile el capitalismo inglés. Que, como todo historiador sabe, tuvo una estructura internacional dominada por un poderoso conjunto de sociedades mercantil-financieras y no por empresas industriales.<sup>13</sup> La modernización y desarrollo capitalista del siglo XIX chileno

<sup>11</sup> Son coincidentes los pronósticos elaborados por Lester Thurow (Decano de Economía del Massachusetts Institute of Technology) en *La guerra del siglo XXI* (Head to Head) (Buenos Aires, 1992), y por Zbigniew Brzezinski (ex Asesor de Seguridad Nacional del Presidente Carter) en su *Out of Control: Global Turmoil on the Eve of the Twenty First Century* (en prensa). Sobre este último, ver *El Mercurio*, marzo 27 de 1992, D 12.

<sup>12</sup> Francis Fukuyama, «The End of History», en *The National Interest* 16 (verano de 1989), pp.3-18.

<sup>13</sup> Ver de Stanley Chapman, «British Marketing Enterprise: The Changing Role of Merchants, Manufacturers and Financers. 1700-1860», en *Business History Review*, 52:2 (1979).



fueron modelados a función y complementariedad de tal tipo de sociedades. Así, el país se especializó en producir y exportar lo que esas casas querían comprar (productos primarios); y en importar los medios de consumo y modernización que esas casas querían vender. De manera que, a mediano plazo, cuando el país comenzó a correr por sí mismo en pos de la modernización global y el desarrollo industrial, terminó solicitando créditos o inversiones extranjeras para importar los medios que permitieran incrementar la productividad del sector exportador y para financiar (exportando más de lo mismo) la modernización general. Así, a la vuelta de un medio siglo, cada vez que la voluntad modernizadora e industrializadora del país le imprimió velocidad a las aspas de la historia, la deuda externa tendió a subir hasta niveles infranqueables, las divisas a escasear (con alza del tipo de cambio) y el desarrollo a estancarse a medio camino. El modelo liberal (mercantil) cogido por Chile de lo que los ingleses mostraron en los puertos locales, cultivó de modo sistemático una dependencia orgánica de las importaciones de máquinas, herramientas y tecnología, y del crédito externo para pagarlas. El chileno llegó a ser pues, por ese camino, un capitalismo «liberal», pero sin explicaciones «liberales» que dieran cuenta de su estado de estancamiento, dependencia y frustración.

Cuando, desde 1890, aproximadamente, Alemania se hizo presente de modo activo en el MECH, lo hizo con un esquema capitalista diferente, no hegemonizado por *merchant or acceptance houses*, sino por trusts industriales. En coherencia con tal estructura, Alemania decidió en 1912 instalar en Chile una gigantesca fábrica de máquinas y herramientas (la célebre M.A.N.). Tal medida formaba parte de una ofensiva económica dirigida a desmontar la hegemonía internacional del capitalismo (mercantil) inglés. De paso, creaba la posibilidad, para el capitalismo chileno, de modificar su patrón estructural, pasando de una articulación externa mercantilista a una productivista. Pero la Primera Guerra Mundial paralizó la ofensiva alemana. Chile tuvo que alinearse, una vez más, tras el modelo liberal de tipo inglés. Sin embargo, observando la frustración e inferioridad de nuestro desarrollo, importantes sectores del empresariado, de los militares y de la misma clase política se inclinaron de nuevo -al menos, teóricamente- por considerar el modelo alemán. La Segunda Guerra Mundial, primero, y Bretton Woods después, congelaron de nuevo esta propensión. A regañadientes, en pleno auge de la mentalidad nacional-desarrollista, los gobiernos chilenos tuvieron que alinearse, de nuevo, tras el liberalismo anglosajón. Opción centenaria, reiterativa, impuesta de algún modo por la estructura real del MECH. La opción (inevitable) por Inglaterra en el siglo XIX (1830-1938) condicionó, más tarde, la opción (forzada) por Estados Unidos en el siglo XX (1938 en adelante); una y otro, o por caminos abiertos del mercado, o cerrados, profundizaron el mercantilismo centenario del capitalismo chileno, ora expandiéndolo (Inglaterra), ora deprimiéndolo (Estados Unidos).

Por su apertura y multilateralismo, el MECH actual recuerda el MECH victoriano del siglo XIX; y como entonces, permite y genera atraentes ciclos de expansión económica. La cuestión es: el actual ciclo de desarrollo y modernización, ¿está erradicando por fin el centenario sesgo mercantilista del

capitalismo chileno? Al mismo tiempo, ¿está obviando o/y superando las dificultades seniles (léase declinación) del modelo liberal anglosajón? La clase dirigente nacional, al apostar por tercera vez a su tradicional opción de mercado, ¿está relejendo (ciegamente) su propia ortodoxia, o atinando creativamente frente al estado real de su actual MECH?

La apuesta de nuestras élites es hacia los rasgos propios del liberalismo norteamericano: a la iniciativa prioritariamente privada, a las tasas maximizadas de rentabilidad (15% a lo menos o nada, según se acostumbra en Estados Unidos), a la ganancia extraída de los salarios bajos más bien que de las productividades altas, a la inversión reproductiva limitada a las áreas o ciclos expansivos de alta rentabilidad, al monopolismo privado más que al nacional, al ciclo acumulativo de corte plazo más que al de largo plazo, al reduccionismo máximo de aranceles, al Estado policial y no interventor, etc. Son los principios proclamados por Bretton Woods, la escuela de Chicago, Hayek, Friedman, por el empresario medio del mercado estadounidense, y el intelectual adscrito al marketing -no a la base productiva- de las empresas. En consonancia con esta lógica, las élites chilenas muestran grandes expectativas del eventual Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, copia fiel del tratado de ese país con México (que obedece, en realidad, a la necesidad de bloquear la imparable invasión pacífica de los «espaldas mojadas»).

Bajo el imperio de esa apuesta, Chile, como en 1900, se ha especializado en la producción y exportación de productos primarios (cobre, frutas, maderas, harina de pescado, celulosa, sobre todo), se ha asociado por abajo al International Big Business (en la banca, en los seguros, en el comercio, en la producción de energía, sobre todo), ha orientado sus grupos económicos criollos a extraer plusvalía de frentes laborales internos (temporeros, digitadoras y ahorrantes de AFP e ISAPRES) y ha inducido al Estado a no intervenir por principio en el proceso económico, pero a intervenir de hecho en la cobertura o encubrimiento del carácter espúreo de buena parte de la acumulación criolla (deuda subordinada, encarpetamiento judicial del enriquecimiento privado a costa del capital fiscal, etc.) Y como en 1900, el país produce sólo el 9% de los medios de producción que el país necesita (el 91% restante se importa). Con lo cual, al perseverar en la estela del viejo liberalismo anglosajón, Chile tiende a generar ciclos de expansión económica más parecidos a los ciclos victorianos del siglo pasado que -cuando menos- a los trazados por los «pequeños dragones» del sudeste de Asia.<sup>14</sup>

Ni la economía alemana ni la japonesa responden punto por punto al modelo liberal anglosajón. Según Lester Thurow, ambas economías han desarrollado un capitalismo más bien «comunitario», regido no por un proyecto pri-

<sup>14</sup> «Entre los países del Tercer Mundo, los pequeños dragones de la Cuenca del Pacífico han sido lo que tuvieron más éxito. Aunque los detalles concretos difieren, todos siguieron el modelo japonés, en virtud del cual el gobierno ofrecía un mercado interno protegido a las empresas que competían vigorosamente en los mercados externos». L. Thurow. *op.cit.*, pp.246 et seq.

vado operable en el corto plazo, sino por uno «nacional» de desarrollo, de largo plazo, al que se integran, en un plano paritario de asociatividad, el Estado, los Monopolios y los Trabajadores. En consecuencia, no se trata de maximizar la cuota de ganancia tanto como la cuota de investigación e inversión reproductivas. No de incentivar el super-consumo casero sino el mejoramiento de las condiciones ambientales de producción. No de introducir (tanto) nuevos productos como nuevos procesos. Ni de especular (tanto) con el ejército industrial de reserva o los subcontratados, sino de desarrollar contratos vitales de tipo integral para todos. El sistema global viene a descansar, así, en la existencia y dinamización de objetivos supra-individuales, corporativos, en la integración multifacética de los trabajadores y profesionales a ese proceso, y en la capacitación permanente de la fuerza de trabajo.

Sin duda, no es ése un modelo nuevo: es el mismo que ambas potencias tendieron a desarrollar desde fines del siglo pasado, y que el capitalismo anglosajón coligado derrotó no económica sino militarmente en dos guerras mundiales casi sucesivas. Obligando a Chile, de paso, a sumarse al carro histórico de los vencedores. Hoy, sin guerras inter-capitalistas mediante, el mercado mundial tiende a recomponerse de manera genéricamente similar a la situación anterior a Bretton Woods. Remarcando esta vez no la decadencia de Inglaterra (como entonces), sino la de Estados Unidos, y no la derrota de Alemania o Japón, sino su auge mundial. ¿Apostará Chile, una vez más, a la vieja ortodoxia y al capitalismo declinante? La escuela de los Chicago Boys ha inducido a las autoridades a disminuir al máximo el rol económico y social del Estado, a intentar fragmentar -no integrar- las masas populares, a exportar masivamente productos primarios, a privilegiar el mercado de capitales por sobre las fuerzas productivas (el comercio y la banca crecen a tasas muy superiores a la industria o a la agricultura), a inducir la importación de bienes modernos de consumo, y a disfrutar la frase mágica de que somos los ingleses o los yanquis de South América.<sup>15</sup>

El análisis histórico suele ser iconoclasta. Pues indica que el actual ciclo expansivo de nuestra economía no calza con ningún modelo clásico de *take off*: ni según los viejos parámetros de W. W. Rostow, ni según las nuevas fórmulas diseñadas y aplicadas por la «Casa Europea» y por Japón. Menos que eso, es un ciclo que recuerda fácilmente los ciclos victorianos anteriores a 1930 (el ciclo Balmaceda, por ejemplo), pertenecientes todos al una vez célebre género del «desarrollo hacia afuera». De ser así, y de continuar Chile recorriendo sus clásicas rutas ortodoxas, bien puede hallarse en dificultades para adquirir los factores y la mentalidad que diferencian al capitalismo dinámico del declinante, dentro de los plazos históricos prescriptivos que usualmente se abren, de modo urgente, para pasar del segundo al primero. De ser así, bien podría la dependencia mercantil enseñorarse de nuevo, por otro siglo, de nuestra estructura «liberal».

<sup>15</sup> Respecto a los indicadores económicos que perfilan esta tendencia, ver la revista *Estrategia*, sobre todo para el bienio 1991-92.

### 3 ¿Es social la teoría social del modernismo chileno?

Cuando una sociedad asume el liberalismo en clave mayor (ortodoxia), su teoría económica es presentada de modo abierto, constructivo, y totalizador. Su teoría social, en cambio, no es presentada ni como teoría pública ni como teoría sistemática sino como ética normativa (privada). Por manera que los ciclos de bienestar económico son habitualmente computados como resultados lógicos del sistema, pero los de malestar social lo son no como resultados del sistema sino como subproductos de las conductas desviadas de la sociedad. La política liberal se sirve de la teoría económica para construir, justificar y desarrollar el sistema liberal, y de la ética normativa para explicar y condenar los desajustes sociales del mismo. Ambas teorías tienen pues, allí, rango desigual y función diferente. Una, la económica, estructura y domina; la otra, la social, sanciona y reprime. Sus roles, por supuesto, no son intercambiables.

Cada vez que en Chile el librecambismo se ha acomodado ortodoxamente en el sistema nacional, la «teoría social» se ha humillado bajo su pie. Así, por ejemplo, cuando el grupo de «estancieros» (mercaderes monopolistas) liderados por Diego Portales reconstruyó el Estado en 1830, lo hizo privilegiando la lógica económica de su actividad comercial, y aplastando la lógica socio-productivista y democrática de sus adversarios (los «pipiolos» derrotados en Lircay). Luego, alegando valores de ética estatal, desencadenaron una dura represión policial y militar sobre todos los que pensaban de modo distinto. De igual manera, cuando, hacia 1900, la crisis social del «bajo pueblo» reventaba sobre la piel del ya enfermo sistema liberal, los herederos políticos de Portales negaron que la «cuestión social» tuviese alguna existencia o esencia propia en Chile, sosteniendo que la (tal) crisis no era más que un paquete de conductas sociales desviadas de la ética (leyes) del mercado; razón por la que, para superarla, bastaba con aplicar correctivos de carácter moral (el correctivo aplicado masacró, entre 1890 y 1907, al «bajo pueblo»), reimponiendo a la vez la majestad de esas leyes. La crisis social no tenía sustancia propia: era sólo una «crisis moral».<sup>16</sup>

La restauración liberal perpetrada por los militares desde 1973 desencadenó un «ostracismo definitivo» para las teorías sociales (hegemónicas) que osaron, durante la etapa nacionalista, populista y proto-socialista (1920-1973), subordinar e instrumentalizar la teoría económica, humillando los principios liberales del mercado. A la represión y condena formales («doctrinas desquiciadoras») y a la represión de sus practicantes («ilusos, antisociales»), siguió, luego, un proceso lento de cobertura y metamorfosis: los destellos de la teoría social proscrita (K. Marx, N. Lenin, S. Allende, F. Castro, pero también J. Maritain, E. Mounier, P. Freire y Juan XXIII) poco a poco, fueron siendo recubiertos y sustituidos por una teoría social descendente, fría, gris -correspondía al «lado oscuro» del mercado-, pero de evidente consistencia ético-normativa.

<sup>16</sup> Este fue el planteamiento de políticos-intelectuales como Agustín Ross, Enrique Mc Iver, Zorobabel Rodríguez, Roberto Espinoza, y otros. Del último ver su *Cuestiones Financieras de Chile* (Santiago, 1909).

Sintomáticamente, la dictadura militar proscribió la teoría social populista, reprimió a sus adherentes y privilegió la teoría económica liberal, pero no creó la teoría social de recambio (liberal) que hoy nos rige. En realidad, la dictadura no tenía ninguna necesidad política de construir una teoría social propositiva. Es que, en un sentido estrictamente lógico, la teoría económica de mercado no necesita anexos teóricos específicamente sociales (a lo más, para efecto de relaciones públicas, incluye un adjetivo accesorio, yuxtapuesto al sustantivo real: economía «social» de mercado). El ajuste automático de las fuerzas económicas se basta a sí mismo; es una «esencia» autónoma y autárquica; los individuos y sujetos reales, ante ella, sobran: su «esencia» propia, se alguna vez la tuvieron, se anonada. Su inesencialidad los convierte en una incómoda adherencia exterior al proceso económico; una periferia que no tiene más historia que su adaptación perpetua a la ética superior del mercado.

Es significativo (y también lamentable) que, si bien la dictadura no tuvo necesidad práctica de teoría social, la democracia sí la ha tenido y la tiene. La transición de la dictadura neoliberal (militar) a la democracia neoliberal (civil) necesitaba imperiosamente exponer ante la expectante social civil una teoría social con capacidad para legitimar dos situaciones incómodas: de un lado, el centralismo de la democracia civil moderna y, de otro, la subordinación del orden social y político modernos al mercado liberal. Paradojalmente, los políticos e intelectuales de la transición, la civilidad y la modernidad (no los Chicagos Boys de la dictadura) tuvieron que abocarse a la ambigua tarea de construir la teoría que permitiera ajustar a la sociedad (particularmente a la clase popular) el incómodo «lado oscuro» del mercado y la modernidad.

En lo central, esa tarea consiste en legitimar la esencialidad de las relaciones económicas (automáticas) y en desesencializar y deslegitimar las acciones y movimientos autónomos de los sujetos sociales de base. Eso involucra imponer hegemónicamente el discurso económico (lo que es fácil cuando se apoya en un ciclo de expansión, como en Chile ocurre desde 1984) y proscribir todo discurso social o político que sostenga que los actores y movimientos sociales (sobre todo populares) tienen algún grado de autonomía y esencialidad propias. Es el combate por la localización de las esencias.

Desde fines de 1984 comenzó a hablarse de que los movimientos sociales (sobre todo los de protesta popular), que habían sido útiles y positivos mientras debilitaban la dictadura militar y abrían camino a la civilidad, eran peligrosos y negativos si, al derribar la dictadura, desarticulaban de paso el orden social basado en el mercado y la modernidad.<sup>17</sup> Desde 1989, algunos científicos sociales extranjeros con amplio discipulado en Chile, diagnosticaban la urgente necesidad -para abandonar los viejos caminos graduales de la modernización y dar el salto directo a la modernidad -de desembarazarse de las «esencias so-

<sup>17</sup> Ver los trabajos incluidos en *Proposiciones 14* (1987) («Marginalidad, movimientos sociales y democracia»).

ciales» y embarazarse, en cambio, con las «relaciones sistémicas».<sup>18</sup> Desde 1991, algunos intelectuales criollos, suficientemente confundidos por los molinos humeantes de la modernidad, atacaron con bríos lo que creyeron la modernidad misma; para terminar, cual Quijotes, tan sólo, colocando etiquetas descalificatorias («particularismo delirante») a los colegas que levantaban paradigmas alternativos a la modernidad, basados en la soberanía histórica de los sujetos sociales de carne y hueso (como no saben lo que hacen, la nube de Babel hace, de los intelectuales confundidos, modernistas *malgré lui*).<sup>19</sup> Otros, no menos encandilados, hacían oír su repelencia visceral por las propuestas epistemológicas que intentaban revalidar las perspectivas y proyectos de los sujetos reales del «bajo pueblo».<sup>20</sup> Y no faltaron quienes pasaron del ámbito académico al administrativo, para auxiliar teóricamente al Estado en sus deberes respectivos hacia el indócil fondo social.<sup>21</sup> La mayoría, sin embargo, se contentó con intelectualizar al paso el (generalizado) sentir crítico acerca de la delincuencia y apatía juveniles («juventud-problema o juventud-anómica o juventud-dañada»), y sumarse al ancho coro ético que condena y espera mejor represión por las «conductas anti-sociales» (como, por ejemplo, la de las «barras bravas» o la de los asaltantes de bancos) de los descarriados de siempre.

Sobre tal piso teórico, la política de los políticos no pudo menos que desocializarse. Fue el mismo Presidente el que abjuró tres veces, ante algunos colegas y periodistas extranjeros, de la vieja ética social: «no incurriremos de nuevo, por ningún motivo, en el pecado caótico del populismo». Y han sido sus Ministros los que, a su turno, han abjurado del nacionalismo, al insistir en que «no incurriremos de nuevo, por ningún motivo, en el proteccionismo económico» (mientras Estados Unidos, Europa Occidental y Japón y otras potencias liberales lo practican concienzudamente). Colofón de ello es que la actual política social no se planifica ni se ejecuta cualitativa y participativamente: se reduce a la oferta de fondos fragmentados y al control productivista de las operaciones financiadas; todo ello según los caleidoscópicos proyectos de los mejores postores. No es, por tanto, la planificación del desarrollo cualitativo de lo social lo que rige esas políticas, sino el rendimiento de mercado en el plazo coyuntural corto. El desarrollo social ha comenzado a depender, por lo tanto de la aplicación de dos principios automáticos: el de la creatividad individual o

<sup>18</sup> «Un actor dirigente, un actor popular, un espacio político, son modernos si son definidos en términos de relaciones; no son modernos si son definidos en términos de esencias». Alain Touraine, en «América Latina: de la modernización a la modernidad», en *Convergencia* 17 (1990), p. 32.

<sup>19</sup> Caso de Eduardo Sabrosky, en «Socialismo, modernidad, futuro: tiempos difíciles», en *Foro* 2000 3 (1991), pp. 1113.

<sup>20</sup> Tomás Moulian, en «¿Historicismo o esencialismo?», *Proposiciones* 20 (1992).

<sup>21</sup> Los estudios que algunos intelectuales han hecho sobre la violencia han concluido transformándose, a veces, en *files* al servicio de las políticas estatales de carácter represivos, y sus autores, en asesores de las mismas. No se ha intentado reconducir socialmente, desde sí mismas, las actitudes de violencia.

grupala privada (para los efectos de necesidad social a corto plazo), y el de las inversiones buenamente acordadas por los grandes capitalistas (para los efectos de suficiencia económica a largo plazo).

La política, estando la sociedad civil distanciada, desensencializada y humillada bajo el mercado, ha podido, sin sobresaltos, centralizarse en las cúpulas, autoreferir sus procesos, y conectarse a la ciudadanía en carambolas, a través de planos rebotadores: o al trasluz de las cámaras de televisión, o al sesgo del eco periodístico, o al conteo de las urnas, o al fraseo inmóvil de las murallas pegoteadas. El discurso político ha dejado de ser vital, dialógico, social, o de masas, y se ha vuelto litúrgico o intimista (mecanismos internos para elección de candidatos), o técnico-comunicacional (marketing de imágenes y consignas). En realidad, el mercado no sólo puede disolver la esencialidad de los sujetos, sino también la socialidad de la política.

Y no es todo. Porque, además, esa capacidad disolvente no sólo está beneficiando al automaticismo del mercado y a la centralización de la política, sino también, de algún modo, a la trascendencia escatológica de las prácticas religiosas. Y se ha visto que la antigua «opción por los pobres», que constituyó la base del populismo católico desde 1964 (Concilio Vaticano II) hasta 1990 («opción por la evangelización y la oración»), está siendo también abandonada por la Iglesia Católica. En correspondencia, el antiguo modelo representado por las comunidades de base -que se integraban protagónicamente a los procesos locales de liberación y desarrollo-, ha sido sustituido por un enclaustrado modelo individualista de oración, flagelación y devoción (Santa Teresa de los Andes); mientras los talleres populares, amparados en otro tiempo por las Vicarías Sociales o Zonales, son reemplazados hoy por propagandizadas peregrinaciones a los «nuevos» santuarios.<sup>22</sup> Lo cual, de algún modo, se complementa con la dirección que se ha impreso al sistema educacional, en el sentido de entregar más y más capacitación técnico-laboral, con el loable propósito de «armar» a la juventud para la (dura) lucha que significa vivir en permanente sobresalto de mercado, La preparación (training) para competir contra uno y contra todos es hoy el principio educativo central, que está desplazando, a todo nivel, a la pedagogía; es decir, a la ciencia socializadora y humanizadora por excelencia. Así excluida, la formación humanista no ha encontrado otro expediente que reconstituirse, a como dé lugar, en la calle, dentro de los microgrupos de las esquinas, o entre los peregrinos de los nuevos santuarios. La disolución, desvalorización y marginación de lo social, lo concreto y lo particular, se está ejecutando, pues, aparentemente, por dictamen, en la tierra, el cielo, y en todo lugar.

Es en razón de ese comportamiento típico que la teoría «social» neoliberalista no florece bien en la cima de los debates académicos, sino en la resaca de los acuerdos político soterrados, y en las interlíneas de los discursos

<sup>22</sup> J. M. de Ferari, «Diez años de cambios de obispos en Chile, 1981-1991», en *Reflexión y Liberación*, 3:12 (1992), pp. 29-34.

convencionales de «estabilización». Por esto, cuando ha sido expuesta, no ha sido de cuerpo entero, sino de escorzo: muestra su lado ético-anatemizador, y en segundo plano, el vislumbre pietista o ascético que exhorta al esfuerzo, al conformismo o la resignación. El oscurecimiento enfermizo de su lado social no se explica por otra cosa sino por el alto voltaje de su economicismo consumista, su único lado iluminado. Es la naturaleza inmoral de ese desigual juego de luces y sombras lo que la teoría liberal no exhibe a la luz pública. Dicho desnudamente: la teoría liberal no expone a plena luz el efecto aniquilador que el materialismo de mercado ejerce sobre los únicos entes que pueden ir más allá de los ajustes automáticos y hacer una *real historia de humanización*: los sujetos sociales de base. Pues, cuando el materialismo liberal desencionaliza sujetos reales, no intenta otra cosa que poner fin a *esa* historia. Es esto lo que permite sostener que el neoliberalismo perdurará en Chile tanto como los sujetos reales soporten la desencionalización de que están siendo objeto. Cuando esos sujetos decidan poner fin a eso, se levantará el límite *non plus ultra* del neoliberalismo en este país. Ese es su límite mayor: el fin de su propia historia deshumanizadora.

#### 4 Del abismo en el lado oscuro

En una sociedad estructurada según los parámetros del capitalismo liberal, el impacto social de la modernidad no se mide sólo por la hegemonía que ejerce el materialismo de mercado, la diferenciación entre ricos y pobres y el distanciamiento entre la política y la sociedad civil (que, en conjunto, constituyen su «lado oscuro»), sino también por el *efecto desagregante que la modernidad general produce en el tejido asociativo de la sociedad*. En el lado de su oscuridad, ésta es su grieta mayor. Su abismo más oculto.

El vértigo abismal lo presintió el mismísimo padre teórico de la democracia liberal de Estado Unidos: Alexis de Tocqueville. Conforme a un texto escogido por Francis Fukuyama (padre teórico del neoliberalismo históricamente infinito), Tocqueville lo describió de la siguiente manera:

«Trato de descubrir los nuevos rasgos bajo los cuales el despotismo puede aparecer en el mundo. Lo primero que impresiona al observador es una innumerable multitud de hombres, todos iguales y parecidos entre sí, tratando incesantemente de procurarse los frívolos y pequeños placeres con que atiborran sus vidas. Cada uno de ellos viviendo aparte, como extraños al sino de los demás... Están cerca del resto de sus conciudadanos pero no los ven; los tocan, mas sin sentirlos; existen en sí mismos y sólo para sí mismos, y si les queda todavía su familia, puede decirse que han perdido su patria. Por encima de esta masa de hombres, hay un poder inmenso y tutelar, que se atribuye a sí mismo y sólo a sí mismo la tarea de asegurar sus satisfacciones o de vigilar su suerte. Este poder es absoluto, minucioso,



regulador, previsor y suave... trata de mantenerlos en perpetua infancia; se contenta con que la gente goce, con tal de que no piense en nada más que en gozar».<sup>23</sup>

F. Fukuyama, cuya posición funcionaria lo habilita para saber lo que dice respecto de esos «nuevos rasgos del despotismo», completó esa descripción y penetró más hondo en el abismo. Pues escribió: «en las extensas naciones-estado modernas, la ciudadanía se limita a votar por sus representantes cada cuatro o cinco años... el gobierno es distante e impersonal, dentro de un sistema que reduce la participación política directa a los candidatos y tal vez a su equipo de campaña electoral y a los periodistas que hacen de la política su especialidad». La vida moderna, agregó, ha terminado por aniquilar la ciudadanía y aún la misma familia, pues «los principios económicos liberales ...tienden a atomizar y separar a la gente». Así concluyó su exploración:

«no ha de sorprender que haya declinado en América la fuerza de la vida comunitaria. Esta decadencia ha ocurrido no *a pesar* de los principios liberales, sino *a causa* de ellos. Esto sugiere que no será posible ningún fortalecimiento fundamental de la vida comunitaria a menos que los individuos devuelvan a las comunidades algunos de sus derechos... Las democracias liberales, en otras palabras, no son auto-suficientes; la vida comunitaria, en última instancia, ha de proceder de una fuente distinta que el propio liberalismo».<sup>24</sup>

En un estudio publicado recientemente, James Curtis probó esto con números (única prueba de verdad válida en el mercado). Demostró que en Estados Unidos los índices de asociatividad son normales sólo si se incluyen en la muestra las organizaciones religiosas y los sindicatos, pero que, significativamente, si se excluyen, los índices descienden a rangos inferiores a la media internacional. Ni Alemania ni Japón aparecen con altos índices en el ranking de Curtis; sin embargo, cabe recordar que en estos países la asociatividad corporativo-nacional es singularmente alta, por la imbricación entre proceso de trabajo y proyecto nacional de desarrollo, según subraya Lester Thurow.<sup>25</sup>

En Chile, históricamente, el impacto desagregante de la modernidad liberal - bajo la forma 'mercantil' que se dio en el país - se ha registrado, diferencialmente, en dos planos distintos: 1) a nivel de la masa popular premodernizada y 2) a nivel de las élites modernizadas.

Uno de los efectos más distintivos producidos por la modernización liberal en Chile ha sido la formación, multiplicación y concentración de masas mar-

<sup>23</sup> En F. Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre* (Barcelona, 1992), pp. 412-13.

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 430-33.

<sup>25</sup> James E. Curtis, «Voluntary Association Membership in Fifteen Countries: a Comparative Analysis», *American Sociological Review*, 57 (1992), pp. 139-152.

ginales. En los países de pleno desarrollo industrial, estas masas han sido absorbidas, reducidas, o remitidas a los territorios colonizados. En Chile, la disgregación de los vínculos asociativos producidos por la modernización mercantil sedimentó, sobre todo en el siglo liberal 1830-1930, grandes «desechos sociales» (Mario Góngora). Estas masas debieron entonces resolver por sí mismas no sólo los problemas físicos de la supervivencia inmediata, sino también los problemas sociales atingentes a la búsqueda de formas apropiadas para hacerlo. La marginalidad, al ser masiva, generó entre esos «desechos» no tanto la dispersión individualista (como en Estados Unidos), sino la aparición de miríadas de vínculos micro-asociativos; algunos estables, otros «al paso». La micro-asociatividad potenció, sin duda, sus posibilidades de supervivencia, tanto como las de protección, aventura, o desarrollo. Cabe anotar que en Chile no se han realizado estudios sistemáticos acerca de este fenómeno. La historiografía social, con todo, está dando cuenta de la alta densidad micro-asociativa que registra la historia popular y de la enorme variedad de sus agrupaciones (van desde amancebamientos transitorios a bandas de cuatrerros, pasando por múltiples asociaciones empresariales; donde la familia nuclear sea tal vez la menos relevante).<sup>26</sup> Ha sido sobre la base de este cuasi invisible entretejido que se levantaron, en su momento, el movimiento mutualista de las capas artesanales (1830-1910); después, el movimiento reivindicativo sindicalista (1931-1973), y ahora, la emergencia de organizaciones populares de 'nuevo tipo' (1976-1992). Los populismos de las más diversas coloraciones han prosperado echando raíces en este tejido; a veces desarrollándolo (como el Partido Obrero-Socialista de Recabarren, o las ONGS bajo el período dictatorial, etc.), otras veces instrumentalizándolo para la lucha política (el populismo estatista o parlamentario), o bien cooptándolo para automatizarlo en el mercado (el populismo liberal).

Conclusivamente, cabe decir que, en Chile, el efecto social-disolvente del modernismo liberal trabajó en gran escala durante el siglo XIX (1830-1930). Producto de eso fue la formación de una masa marginal también de gran escala, dentro de la cual brotaron nuevas relaciones asociativas, distantes pero a la vez *contra-disolventes* de las modernas relaciones sociales que intentaba establecer el sistema liberal.<sup>27</sup> La ola corrosiva, lanzada primero contra la sociedad colonial (popular), rebotó en la masividad de los desechos acumulados, devolviéndose erosivamente luego, re-asociada de otra manera, contra el mis-

<sup>26</sup> Entre otras publicaciones, ver *Proposiciones* 19 (1991) («Historia, Sociedad y Bajo Pueblo»).

<sup>27</sup> Las micro-asociaciones económicas del «bajo pueblo» fueron responsables, durante el siglo XIX, cuando menos de 3/4 del producto geográfico bruto; las de tipo social, de casi toda la llamada 'cultura chilena'; mientras las de tipo delictual sobrepasaron regularmente las trincheras moral, judicial y policial interpuestas por la 'moderna' sociedad chilena. Durante el período 1983-86, las micro-asociaciones populares de lucha propinaron una «derrota psicológica» decisiva a la dictadura (la frase en comillas es del General Pinochet).

mo sistema liberal. El abismo no era, pues, vertical e insondable, sino curvo y rebotante.

El segundo nivel sobre el cual la modernidad liberal ha trabajado sus efectos desasociativos, es en la cima donde moran las élites. En este respecto, la historia oligárquica de Chile confirma, en general, la tesis expuesta por F. Fukuyama, en el sentido de que el capitalismo liberal exagera el individualismo hasta niveles «megalothymicos» (megalothymia = necesidad magnificada de reconocimiento social, utilizando para ello cualquier medio: poder, riqueza, exotismo, exhibicionismo, etc.). La megalothymia sería uno de los 'premios' que, en exclusiva, el sistema liberal ofrece al que triunfa en la competencia económica, social, política o cultural.<sup>28</sup> La megalothymia está asociada, sin duda, al éxito individual, pero, al mismo tiempo, a la ruptura creciente de los vínculos básicos de asociatividad (comunitarios, solidarios, nacionales y, aún, familiares).

En Chile, el desarrollo de los individualismos de altura alcanzó una fuerza extraordinaria durante la fase culminante del liberalismo décimo-nónico (1860-1920), sobretodo, y se manifestó de un lado, en la oligarquización de numerosos plutócratas con propensión al exhibicionismo social (siempre rodeados por bandadas de admiradores «siúuticos»), que asumieron la modernidad liberal como una distante cultura parisina y cosmopolita; y de otro, en el debilitamiento local del nacionalismo, la corrupción administrativa, las exenciones tributarias, la negación del problema social, el «palomeo de rotos» (masacre de peones) y la interpretación aristocrática de la historia nacional. Diversos críticos e intelectuales han expuesto el maridaje entre megalothymia existista y la desagregación comunitaria que floreció en las élites chilenas durante el período liberal señalado.<sup>29</sup>

Es significativo que en el ciclo liberal 1973-1992 las tendencias megalothymicas han hallado de nuevo espacio abierto para ensayar despegues exististas. De nuevo la modernidad se define como cosmopolita (el cosmopolitismo ha estado siempre asociado a la hegemonía del mercado internacional), mientras subordina la cultura nacionalista. De nuevo en la idea de Nación se disuelve el sustantivo comunitario (que hace de ella un 'valor social'), para dar mejor brillo a las adjetivaciones chovinistas (sustituyendo un valor social por un slogan publicitario). Otra vez las élites (militares, políticas y aún intelectuales) prescindan de las «esencias» propias de lo social o lo popular; estableciendo con ello distancias que tornan difícil, artificial o imposible la participación orgánica de la baja sociedad civil en el sistema central. La oligarquización de las élites avanza, de este modo, sin contratiempos, sobre la cima del consumo conspicuo, y a través de los elitizados centros de decisión pública. No es extraño entonces que, en este contexto de creciente megalothymia, haya bro-

<sup>28</sup> F. Fukuyama, *El fin de la historia y el último...*, op. cit., pp. 435 et seq.

<sup>29</sup> Por ejemplo, Gonzalo Vial, *Historia de Chile* (Santiago, 1984), Tomo II, Vol. I, pp. 629 y 643-45.

tado, durante la dictadura neoliberal, prácticas nepotistas, indebida apropiación de bienes fiscales, terrorismo de Estado, marginación de las masas populares, subordinación oligárquica de la justicia, etc.; y durante la democracia neoliberal, desocialización de la política, desprotección de la economía (o internacionalismo real), autoritarismo patronal en las empresas, prácticas impunitivas de mentira pública y espionaje instrumental, despunte de corrupción administrativa o empresarial, exhibicionista consumo conspicuo, frivolidad de los medios masivos de comunicación, etc.<sup>30</sup>

Los efectos megalothymicos de la modernidad liberal en la alta sociedad civil revelan, como se dijo, de un lado, la realización plena del sueño liberal (el éxito individual materializado), y de otro, el deterioro del sentido de comunidad (o de nacionalismo) en las celdillas superiores del poder central de la Nación. Si ese éxito y ese deterioro tuviesen como consecuencia sólo un desequilibrio moral privado, no sería éste, en verdad, asunto de trascendencia. Pero los hechos muestran que el estallido de una 'crisis ética' (pérdida del sentido de comunidad) en la misma cima nacional del poder tiene efectos históricos de proyección estratégica. Particularmente en el caso de sociedades que están a medio camino de su proceso integral de modernización, como la chilena.

Si la modernización económica ha tendido secularmente a sedimentar masas marginales y a precondicionar, en éstas, el surgimiento de relaciones micro-asociativas de sello alternativo, el espectáculo megalothymico de las crisis oligárquicas ha inducido a su vez, en la baja sociedad civil, el desenvolvimiento de las dichas relaciones micro-asociativas en una *dirección ética*. Es decir, hacia un sentido superior de 'comunidad'. Así, a comienzos del siglo XX, mientras el tribuno radical (liberal, en la práctica) Enrique Mac Iver proclamaba oblicua pero elocuentemente la «crisis moral de la República», Luis Emilio Recabarren, líder de la baja sociedad civil de entonces, proclamaba la crisis específica de la oligarquía liberal, y llamaba al pueblo a unirse bajo nuevos marcos de identidad comunitaria: la sociedad mancomunal, el municipio local o el Estado nacional (reorganizado sobre la base de comunidades locales autónomas).<sup>31</sup> El socialismo chileno, en sus orígenes, creció nutriéndose de su expansiva ética comunitaria, a expensas de la crisis megalothymica de la oligarquía de entonces. La ética de las mancomunales pudo desenvolverse, pues, sobre la base de concebir marcos comunitarios cada más amplios y coextensivos con el ámbito nacional de la dominación liberal. Ese fue el camino (interior) de su politización, y la raíz del carácter sociocrático de los proyectos de Constitución

<sup>30</sup> Para el período democrático liberal se citan: el caso de la Oficina Nacional de Emergencia, el de la Refinería de Petróleo de Concón, el de la Empresa de Obras Sanitarias de Valparaíso, etc. La lista completa en *El Mercurio*, «Síntomas indeseables», abril 17 de 1993, A 3.

<sup>31</sup> Ver, de este autor, «Movimiento social, municipio y construcción de Estado: el liderazgo de Recabarren. 1910-1925», *SUR, Documentos de Trabajo*, 131 (1992).

Política que el movimiento popular chileno, dirigido por Recabarren, propuso al país entre 1910 y 1925.<sup>32</sup>

La neo-liberalización que desde 1973 impregna el proceso chileno de modernización multiplicó, cuando menos hasta 1989, las masas marginales, y precondicionó en ellas el surgimiento de relaciones micro-asociativas de nuevo tipo. La insuficiencia ética del gobierno dictatorial fortaleció esas relaciones, proyectándolas, al comienzo, hacia marcos comunitarios locales. Sin embargo, desde 1989, la reimposición de la 'democracia nacional' y el surgimiento de un desusado chovinismo hacia afuera (basado en la expansión económica iniciada en 1984) han levantado «humos históricos» en el horizonte evolutivo de las micro-asociaciones populares, desorientándolas. El desenvolvimiento ético de esas relaciones se estancó en lo micro-social, por lo que tiende a diluirse en la memoria histórica sin salir hacia concepciones más amplias de comunidad, base de una eventual y nueva propuesta política 'sociocrática'. La morral pública en que se funda la nueva democracia tiene indudables cuotas de legitimidad (sobre todo en tanto viene después de una dictadura), pero es un hecho que no desarrolla los contenidos netos de la ética comunitaria. En este sentido, para la baja sociedad civil, la ética de la nueva democracia es un sustituto semiparalizante, cuya legitimidad definitiva sólo se alcanzará cuando demuestre plenamente su eficacia social. Pues, hasta ahora, ni la nueva democracia ni la expansión económica han logrado neutralizar por completo ni ocultar del todo los efectos desasociativos de la modernidad liberal; ni detener los procesos megalothymicos que toman velocidad en las alturas.

El abismo en el lado oscuro sigue abierto, vertiginoso, cóncavo, y rebotante. Es, para la modernidad liberal, su límite histórico de profundidad.

##### 5 Repitiendo, o sea finiquitando la historia

La historia es el 'lado libre' de la realidad. El umbral que permite *desatar* lo inmóvil, lo reiterativo. Y abrir las identidades. Devolver las dominaciones. Construir la autonomía. La libertad. Por eso, mientras haya algún movimiento cruzando los umbrales, habrá historia.

A veces, sin embargo, en la vida de los pueblos, los hechos tienden a repetirse. Y los esquemas a reaparecer. Y se repasan las mismas dominaciones, desembocándose, una vez y otra, en los mismos retrocesos. Y se escuchan, como letanías, justificaciones de antaño, valetudinarias sentencias. Para que luego, otra vez, dejarse entusiasmar con cada apariencia nueva de los mismos fenómenos viejos. Y apilando, claro, monótonamente - casi en progresión geométrica -, desechos sociales.

Cuando eso ocurre en la vida de un pueblo, señal es que el 'lado libre' de la realidad está bloqueado. Que la historia no es un umbral, sino un límite infranqueable. Un muro que obliga a la sociedad a vivir en círculos.

<sup>32</sup> Idem, «Movimiento social y construcción de Estado: la Asamblea Constituyente Popular de 1925», en *ibídem*, 133 (1992).

¿Quién o qué bloquea esos umbrales? ¿Acaso un maligno mundo exterior? ¿Un atávico barbarismo, que no quiere o no sabe morir? Nada de eso, sin duda. Pues el 'lado libre' no es, ni un mundo externo ni un ancestro anterior, sino una potencia, actitud o predisposición propia. El bloqueo del umbral no es, por tanto, un ataque desde fuera sino una enfermedad interior. Un mal de las estructuras propias.

Para el caso de Chile, Francis Fukuyama tiene razón: la modernidad liberal, aquí, ha puesto fin a la historia. Pues no es un movimiento libre que cruza umbrales, sino un muro reiterativo. Contiene, exactamente, su propio *límite*.